



AL FILO DE LA PALABRA
Alberto Arvelo Torrealba
con la sabana en la sien

Luis Alberto Crespo

AL FILO DE LA PALABRA
Alberto Arvelo Torrealba
con la sabana en la sien

Luis Alberto Crespo

ediciones
MINCI

AL FILO DE LA PALABRA. ALBERTO ARVELO TORREALBA

CON LA SABANA EN LA SIEN

Luis Alberto Crespo

Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para
la Comunicación e Información. Parroquia Altagracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Estela Ríos

Viceministra de Planificación Comunicacional

Kelvin Malavé

Director General de Producción de Contenidos

Edición y corrección de textos/ **María Aguilar**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018000586**

ISBN: **978-980-227-374-4**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Agosto, 2018

AL FILO DE LA PALABRA
Alberto Arvelo Torrealba
Con la sabana en la sien

Luis Alberto Crespo



AL FILO DE LA PALABRA

Alberto Arvelo Torrealba

Con la sabana en la sien

NOTA BIOGRÁFICA

El maestro de la poesía del llano nació en Barinas en 1905 en el núcleo de una familia de poetas, pues su madre Atilia Torrealba y sus tíos Enriqueta y Alfredo Arvelo se destacaban en el arte de los versos.

El creador de uno de los grandes poemas venezolanos, *Florentino y el Diablo*, realizó sus estudios iniciales en su estado natal, luego continuó la secundaria en Caracas, donde se graduó de bachiller en 1927. Estudió Derecho en la Universidad Central de Venezuela y luego realizó un doctorado en Ciencias Políticas. Se desarrolló como Secretario de gobierno del estado Portuguesa en 1937, tres años después fue Presidente del estado Barinas y a comienzos de los años cincuenta se desempeñó como embajador de Venezuela en Bolivia e Italia.

Su primer libro de versos lo publicó en 1928 con el nombre *Música de cuatro*. En 1940 difundió *Glosas al cancionero*.

Además, tradujo obras del poeta Giuseppe Ungaretti y publicó el ensayo *Lazo Martí: Vigencia en Lejanía*; este texto lo hizo merecedor del Premio Nacional de Literatura en 1966. Dos años después fue seleccionado como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua.

Murió en Caracas el 28 de marzo de 1971. Un municipio del estado Barinas lleva su nombre para honrar su memoria.

Con la sabana en la sien

1

Solo la llanura es tierra. Tierra caída. Así la he llamado después de mirarla y entrarle a sus violentos veranos de marzo. Yéndome sobre ella, en ella, con el cuerpo sin otro nadie por compañía que el caballo, la siento achicándome, no importa que su suelo levante el borde del médano, del barranco; ni tampoco que el incendio haya pasado por su pastizal y su monte por donde apuro mi caballo, que luce el pelaje de ánima sola de los rucios blancos.

Después, y después es ahora, en este instante, la llanura me regresa a su yermo, al pie de un árbol seco enzamurado, mientras el recuerdo del rucio mío que se llamó Trueno se vuelve carroña del olvido.

2

Solo la llanura es silencio. El de su enorme mudez y su enorme grito, porque allí el grito enmudece igual en eso tan

grande que da la vuelta. Nada está más callado. Hasta su ave, su bestia, su nombre, cuando se nombran y se dicen en medio del agramiento ventoso o quieto, son un adorno de lo inmenso callado que tiene por tamaño. Bastaría escuchar la soisla, el relincho y la copla para amistarnos con lo íngrimo de su afuera, su círculo largo y tumbado.

3

Cada quien es llanura. La llanura. Y no lo sabe. O sí, la habita y es ella pero sin sentirla. No la ve, no se ve ¿cuál de tantas?, me pregunto. ¿La de la que hablo? ¿La del verano y la lluvia? ¿La que no tiene país ni paisaje? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Aquí en mí? ¿De qué espacio suyo soy? ¿De qué hierba, árbol, polvo? ¿Cuál es mi animal? ¿Cuál es mi hora en ella, mi estar, mi irme?

4

No basta nacer en la llanura. Es que no se nace en la llanura. Uno nace llanura. Viene de ella o va hacia ella. Llemémosla destino para mejor contemplar su abismo tendido. Para mejor sentirnos. Ahí está, en Cinaruco, en Capanaparo y en tu manera de mirar y latir. Quienquiera haya desandado, aunque fuese con la mirada, el Apure de más abajo, lo sabe. Está ese adiós continuo diciéndonos quiénes somos, quiénes seremos.

5

Lo que fue festín de la belleza y de lo horrible en el animal, el polvo y el agua, dura lo que dura el siempre irse de la tierra, pasando a ser soledad, su soledad. O lo último inalcanzable donde luto y esplendor terminan pareciéndose al abandono. Al otro desierto. Este.

6

Solo la llanura es nocturna. La media noche de la tiniebla y la medianoche del mediodía inventan sus personajes del allá, de lo eterno remoto. Algo grita o se queja en la oscuridad blanca y negra. Hay voces en la casa y en el camino, en el oído y después. Algo suspira detrás de la puerta y en el alambre. Una forma de alguien se acerca pero no viene ¿Será verdad ese animal o es nada en el remolino lunar y solar? ¿Qué se hizo el jinete que cruzaba el bajío y enderezaba su bestia hacia nosotros?

7

La llanura de la que hablo queda muy lejos. Suelo vislumbrarla en la voz de ciertos cantores y poetas y en la conducta

de sus gentes de caballo, siempre de espaldas al aquí y su chatura, siempre tan cerca del confín y del que nunca regresan como se fueron. Rayados de espinas, dolidos de sudor y silla, con la insolación y el aguacero en el cuerpo, negros de verano, negros de nube, pero eso sí, luciendo el silbo y la canta.

8

Hubo un hombre, uno de ellos. Se llamó Alberto Arvelo Torrealba. No por haber nacido en la llanura fue y es ella. La sintió, aquí en medio, donde uno se oye, de pronto. En el vivir y el morir se lo dijo tantas veces a sí mismo, viéndola, viéndose en el afuera y en los sentidos, que en él tiene largo y noble nombramiento. Depuró los cantos que gritan y mascullan el ordeñador y el cabrestero, el fullero del contrapunto y el pajarillo desde que la tierra caída pasó con su primer solitario y su primer errante. Enjoyó la imagen rústica y la metáfora áspera con el saber del verso culto castellano, pero cuidando no desdichar el de los labios y la garganta del coplero inmemorial que se enardece y se atrista en el jolgorio y la soledad.

9

La mucha llanura que dice Alberto Arvelo Torrealba es de ese inmenso barinés que se cae desde el piedemonte andino. De eso tostado y ahogado, según arrecia la candela de arriba —la de la canícula y el relámpago— sobre la borradura del verano y de la lluvia, en lo desértico del verde y de la arena. Se parece a ella, a su hombre metido en el espejismo con caballo y todo, entre la verdad y la mentira de largo temblor, muy fantasma de tan distante como cruza o se para a decir el sentimiento del octosílabo nombrando el destino al que le atribuye símil de animal del aire y del suelo, monte y yermo, camino y río, dios y demonio, detrás del vaquerío o detrás de lo íngrimo, qué importa si se les pierde en los pueblos y ciudades, qué importa si se les pierde en los pueblos y ciudades, qué importa si se les vuelve invisible en la llanura de más adentro.

10

En *Glosas al cancionero*, donde se escucha —fiel y reescrita hasta su perfección estética— la décima popular que repite desde lo inmemorial el habitante de su extendido, la llanura se interioriza hasta alcanzar el objeto último propio de la alta poesía: la belleza verbal y la extrañeza, la forma y el sentido

del absoluto. Bastaría con detenernos en la lectura de los instantes más fulgurantes de la imaginería poética de Alberto Arvelo Torrealba para descubrir la otra poesía que subyace en ellos, menos explícita, menos “exterior”, rozando el subsuelo anímico, o si no “oscureciendo” lo ilimitado ya no como realidad conocida sino como cosmovisión de lo inmediato. Leámosla, entonces, al margen del corpus de la décima, atentos por el momento al encuentro de la frase o la imagen donde se cumplen los valores de la poesía de cualquier tiempo:

Yo aprendí en tierra abismada...

(2)

Camino mi duelo huracán...

(9)

... están mis llanos de adentro
más hondo que tus caminos.

(20)

Abre sus sueños al raso
la soledad sin un grito.

(21)

desde el medanal inmenso
por donde anda lo que pienso

(34)

los corazones, vasallos
de las lejuras sin tregua

(54)

11

Desde 1933, cuando escribió *Cantas* y buscaba la semejanza del afuera con la escritura cantada por el hombre estepario en el verso de ocho sílabas, Alberto Arvelo Torrealba aprendió a nombrarse nombrando la llanura de los juglares anónimos que la recorren y a darle primigenio esbozo a lo que habría de ser su poético modo de universalizar lo rural en el amor y en lo solo como épica y como elegía, desoyendo a su admirado Lazo Martí, cerca pero lejos del romance de Casilla, de Gracilaso, Quevedo, Góngora, Juan Ramón, Lorca, con el corazón y el oído en la “sabana del nunca llegas”, en “la punta de los corríos” y “en el espanto abismao”:

¡Será el inmóvil el potro
y lo fugaz de la llanura?

...

(11)

...

Yo, mudo, sin ti, labrándome

...

(12)

...
tu mutismo afila inmóvil
la canción de cuando vuelvas

...
(45)

...
espina de cuando salgo,
espina de cuando llego

...
(De “Lotería sentimental”)

...
Yo soy el que me he enredao
el horizonte en el pie

...
(De “Juan Parao”)

12

Y se dio entonces Alberto Arvelo Torrealba a regresarse del soneto, el endecasílabo, la manera modernista y lazomartiana de sus versos primeros, camino de la rima cantadora y vivaz que pasa de boca en boca entre la gente de la inmensidad y con la que imagina y biografía su vida y la del paisaje, resuelto ya a darle el título de nobleza al lenguaje rústico, al decir y sentir de la copla octosílaba que teje la red infinita de las leyendas y las historias del ser llanero, las del hombre y las de las presencias del trasmundo,

sin perturbar la sencillez que sustenta todo el nombrar del soliloquio del pasaje y la pendencia del contrapunto: el de la confianza más doméstica —la naturaleza como objeto de dolor y de ideal de que habla Federico Schiller en su *Poesía ingenua y poesía sentimental*— y el de la invocación más oscura —o invisible— de la criatura del cielo y el infierno a la que convoca o conjura en el desamparo de la vastedad.

13

De esos arcanos de espejismo y lejura provienen Mandinga, el cantador sombrío y Florentino, el coplero errante —apenas parecido al que imaginó Gallegos—. Sus orígenes se pierden en el subsuelo humano. Ambos personifican aquella antigua lucha del bien y el mal que no deja de asediar su conducta en el mundo, su necesidad de trocar lo imaginario fantástico de los mitos y las religiones en personas o en presencia del común. El enfrentamiento del hombre y el diablo ocurre en las enormes soledades —las del desierto y las estepas, las de las tinieblas de la Edad Media— y no es este espacio para recitar su largo y copioso testimonio.

Alberto Arvelo Torrealba los reúne en la llanura barinesa justo cuando la búsqueda de su escritura y motivación había alcanzado su mejor logro en *Glosas al cancionero*. La reyerta

cantada que es —para decirla con las palabras del prólogo que escribiera Ángel Eduardo Acevedo en su *Antología regional*, donde reúne lo que a su juicio estima momento señero de la obra del poeta— “nuestro verdadero y único monumento artístico en verso nacional y regional” no solo subyuga por la estupenda controversia —al compás del octosílabo— que entretienen la criatura de la sombra y el hombre llanero, aquella para arrebatarse el alma y éste para sustraerse a su determinación, como ocurre con la lectura que hicimos al sesgo. Unas páginas más arriba hállanse en sus estancias momentos en los que el temario del poema queda a merced del encantamiento de sus imágenes y del alcance a menudo metafísico y hasta borgiano, tallado con la perfección del poema puro. Olvidemos el pleito legendario —para cuyo acompañamiento musical Acevedo reclama “el *Seis y Pajarillo* (...) pues el contrapunto ideal necesita de la música corrida al arbitrio y sobre todo, a la facultad de los contendores”— y tardémosnos en degustar la entonación épica y la profundidad enigmática de tantos y tantos versos que jalonan las tres versiones de *Florentino y el diablo*, escritas y reescritas obsesivamente por su autor, las cuales tocan la escritura fantástica, la lírica más depurada, el lenguaje entrañado de la poesía contemporánea:

...

la savia ardiendo en la imagen
de nunca reverdecer

...

parece que va soñando
 con la sabana en la sien

...

(De “El reto”)

...

solo con la huella en lo que arde
 levanta polvo en las sienes

...

—El diablo—

...

y espantados de lejura
 relinchan los palafrenes

...

—Florentino—

...

rumbo y destino la nada,
 pura pena por avío

...

—El diablo—
 (De “Santa Inés”)

...

Esa altiva pesadumbre
 lo suspiro yo también

...

—El diablo—

...

aliento de eternidad
aspiran los que la ven

...

—Florentino—

...

Rozador de la amargura
talo el fondo de mi ser

...

—El diablo—
(De “Emboscada”)

...

mi cruz son el horizonte
y el rumbo de mi alazán

...

—Florentino—

...

el presagio del abismo
en el luto del callar

...

—El diablo—
(De “Ecos lejanos repiten”)

14

Alberto Arvelo Torrealba realizó tres versiones de porfía memorable, acortando las réplicas de los contrincantes, insertando versos de mayor imaginería y suntuosidad, cuidando —acaso— que el diablo no ejerciera claro señorío en su decir de poeta maldito, mientras Florentino acudía a guarecerse —¿derrotado?— en la invocación de las vírgenes de nuestro santoral para exorcizar el verbo de lo atroz y lo sublime que entonaba el príncipe de la sombra aquella “noche de negro chubasco” que hoy podría perdurar más allá de su propia forma poética y de su asunto mismo si releyéramos —es esta la finalidad de la presente selección— a *Florentino y el diablo* y a *Glosas al cancionero*, sin los ismos que asolan a cierta poesía nuestra, marcada con el hierro de nativismo.

15

De las tres versiones de *Florentino y el diablo*, la de 1956 nos parece más rica en alusiones al misterio y a la eternidad, a lo abismal y lo tenebroso. Es que en ella el diablo impone su entonación metafísica sobre la muy terrestre o si no muy

defensiva de Florentino alcanzando con frecuencia la verdad de toda poesía, porque —lo canta el jinete sombrío en las postrimerías de la célebre liza al pie del arpa— “¿Qué son en la nada lóbrega verso y música fugaz?”.

He aquí la emoción y el pensamiento en la imagen de la llanura de Alberto Arvelo Torrealba, ese filo continuo donde se detiene el rumbo y la huella entre cielo y mundo.

AL FILO DE LA PALABRA. ALBERTO ARVELO TORREALBA

Al filo de la palabra refleja el sentir del llano del poeta barinés, Alberto Arvelo Torrealba. El olor del mastranto, la llanura que se asemeja al mar por su infinitud, el relincho del caballo y la óptima utilización del lenguaje de Torrealba trasladan al lector a la batalla que libra Florentino con el Diablo. La estética literaria y la riqueza discursiva del poeta Luis Alberto Crespo ofrecen una semblanza a quien con sus versos enriquece la memoria de los llanos venezolanos.

Luis Alberto Crespo (Carora, 1941)

Poeta, periodista, ensayista, docente, traductor, se ha desempeñado como Embajador de Venezuela ante la Unesco, presidente de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello y actualmente es el presidente de Biblioteca Ayacucho. Entre sus obras poéticas resalta: *Costumbres de sequía* (1976), *Resolana* (1980), *Señores de la distancia* (1988), *Sentimentales* (1990). En 2012 recibe el Premio Nacional de Literatura.

